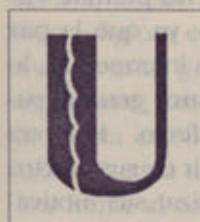
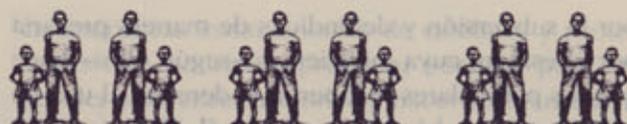


# EDITORIAL



Una de las razones aducidas para explicar el fracaso de las pasadas negociaciones de paz con las FARC, además de los abusos de éstas, fue la falta de un consenso generalizado de la opinión pública sobre el contenido y las implicaciones de la negociación, que a su vez reflejaba una falta de consenso sobre la naturaleza del conflicto armado y muy poca comprensión de la lógica de los actores armados en él involucrados. Esta falta de consenso responde, según algunos, a la heterogeneidad interna de la propia sociedad colombiana, donde el mundo urbano no entiende la problemática rural, especialmente la relacionada con el mundo campesino de las zonas de colonización, mientras que el mundo rural está lejos de comprender al mundo urbano, moderno y postmoderno. Esta incompreensión se refleja en la poca atención que la academia y la opinión pública prestan a los temas relacionados con la problemática campesina, como los de la colonización periférica, la autosuficiencia alimentaria y la expansión de la frontera agraria. Esos temas son considerados obsoletos, superados ya por nuestros países, inmersos en la era de la globalización. Sin embargo, la evolución territorial de los actores armados y el discurso que usan para justificar su opción armada aparecen ligados al tema de la problemática campesina y la población juvenil del campo sigue siendo la base social donde todos los actores armados reclutan a sus seguidores.

Por eso, el primer artículo de esta entrega de CONTROVERSIA, a cargo de Henry Salgado Ruiz, sociólogo e investigador del CINEP, se dedica al análisis de los planteamientos de los diversos ac-

tores armados sobre el tema agrario y el narcotráfico, tal como aparecen en sus pronunciamientos oficiales. La lectura de los documentos producidos por las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), el Ejército de Liberación Nacional (UC-ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC-EP) muestra, a pesar de sus diferentes orígenes y contrarias posiciones ideológicas, algunas coincidencias en torno al tema de la necesidad de una redistribución de la propiedad territorial por medio de una reforma agraria de carácter integral, con algunas diferencias sobre la afectación de los predios adecuadamente explotados y el desplazamiento forzado. Otro de los temas donde aparecen diferencias es en lo referente al uso de los recursos provenientes del narcotráfico: mientras el ELN se opone rotundamente a ellos por motivaciones morales, las AUC y las FARC coinciden en su aceptación por razones más pragmáticas, y los tres grupos coinciden en la necesidad de vincular la erradicación a medidas más integrales de seguridad, educación, salud, inversión en infraestructura. Incluso, las FARC y el ELN llegan a proponer expresamente la legalización de la droga en el nivel internacional.

Otra importante diferencia reside en el tono del discurso: mientras el ELN adopta un lenguaje muy ideológico y abstracto, impregnado de una lectura dogmática y mecanicista propia de la ortodoxia marxista, las FARC y las AUC tienen un acercamiento más próximo a la realidad concreta del país rural colombiano. Obviamente, las FARC y las AUC difieren en los métodos pensados para la redistribución de la tierra, pues las autodefensas rechazan la opción armada y los atentados contra la infraestructura como instrumentos para la transformación de la propiedad. Y contra la acción insurgente y extorsiva de la guerrilla, ellas asumen como tarea la defensa armada de la propiedad privada y de la democracia, amenazadas

por la subversión y defendidas de manera precaria por el estado, cuya ineficiencia –según ellos– hace que los particulares recuperen el derecho al uso de la fuerza que habían delegado en él. Finalmente, el sorprendente carácter reformista del programa de las FARC y de su modelo económico –de corte casi cepalino– plantea la pregunta sobre la relación de su plataforma económica con su modelo autoritario de sociedad y su concepción totalitaria del estado. Esto sitúa la confrontación en los terrenos del control político y militar del territorio, así como en el ámbito de los modelos de sociedad y estado.

En segundo lugar, este análisis del discurso agrario de los actores armados es complementado con una investigación sobre los imaginarios vigentes en la opinión pública sobre violencia y paz, cuyos resultados parciales son sintetizados en el artículo de Luis Fernando Barón, Mónica Valencia y Adriana Bedoya. Ellos analizan, desde el punto de vista de la comunicación social, la mirada que las audiencias de los noticieros de televisión van construyendo sobre el conflicto armado, sus actores y la paz por medio de la interacción y conversación con el relato de los medios. Este relato de los noticieros es analizado como género de frontera entre ficción y realidad, público y privado, información y entretenimiento. En ese sentido, este artículo privilegia el aspecto de la recepción y reelaboración del mensaje por parte de las audiencias, a diferencia de la mayor de los estudios de comunicación, más centrados en el análisis del discurso emitido por los medios. Los investigadores de este equipo asumen que la confrontación armada y la búsqueda de la paz se libran también en el terreno de lo simbólico, en el mundo del sentido que se da a los acontecimientos, que se convierte en el escenario de la disputa entre representaciones.

Así, el conflicto es percibido como la confrontación entre el bien y el mal absolutos, el paraíso de la paz y el infierno de la guerra, sin puntos intermedios ni matices, lo que hace concebir a la historia de Colombia como un continuo trágico de hechos violentos y desventuras y a la realidad cotidiana como amenaza, frente a la cual los me-

dios nos ponen en alerta. En ese marco, aparecen los actores del conflicto, a los que no se otorga legitimidad alguna, pues se considera que libran una guerra ajena, un conflicto que no es considerado propio por los agentes de la audiencia. Y esta narración de la guerra, donde solo hay un presente trágico y un pasado desventurado, no permite vislumbrar un camino hacia el futuro, ya que la paz soñada es de nuevo total, sin metas intermedias, lo que hace que cualquier logro o avance gradual parezca siempre insuficiente e imperfecto. Por otra parte, la guerra es presentada a partir de sus efectos sobre las víctimas, sin permitir analizar sus motivaciones ni mostrar el trasfondo del conflicto.

Estos análisis del discurso agrario de los actores armados y de los imaginarios de las audiencias sobre conflicto armado y paz, pueden ser contrastados desde una experiencia concreta de construcción de paz, las Comunidades de paz del Urabá chocoano. Allí las posibilidades de los jóvenes campesinos como actores sociales son analizadas en el artículo de Oscar Rodríguez, a partir de su participación en el equipo del CINEP que acompaña a esos grupos. Rodríguez empieza por señalar cómo las categorías para pensar a los jóvenes provienen generalmente del mundo urbano, generalmente asociadas a los problemas de la adolescencia o de las conductas criminales de sicarios y pandilleros urbanos. O, en el mejor de los casos, a la experiencia- igualmente urbana- de los promotores de la papeleta en pro de la Constituyente de 1991. En cambio, el ensayo de Rodríguez explora la manera como se va construyendo identidad juvenil en una zona rural, signada por el conflicto armado, a partir de las experiencias vividas por los jóvenes del Urabá en los procesos de desplazamiento forzado, su intervención en los procesos organizativos de las comunidades, los intentos de seducción por parte de los actores armados para vincularlos a sus organizaciones, su percepción de coerción de sus libertades, y la amenaza de los actores armados contra sus lugares de referencia. Esta construcción de identidades a través de sus experiencias históricas vividas es privilegiada por los jóvenes ante otras alternativas

identitarias como la pertenencia étnica o cultural, pero el avance de los actores armados pone a todas esas identidades en situación de riesgo.

Y precisamente esta experiencia de la organización de las Comunidades de paz es retomada por el sociólogo Esteban Armet en el artículo final de la revista, donde subraya la importancia de la dimensión religiosa en las motivaciones y estilo organizativo de estos grupos. Este caso de las comunidades de retorno, acompañado por varias instituciones de la iglesia católica, le sirve para ejemplificar la actitud proactiva de algunos sectores de la iglesia católica frente al conflicto armado y la problemática social del país, en contraste con la actitud más intimista que caracteriza a la mayor parte de las iglesias protestantes. Pero, a la vez, señala que ellas tienen la ventaja de una mayor cercanía entre pastores y fieles y una mayor sentido de la solidaridad comunal o corporativa. Este artículo, que parte del hecho de la heterogeneidad religiosa y el rompimiento de la hegemonía católica en Colombia, busca responder a la escasez de estudios sociorreligiosos sobre las iglesias protestantes en el país, que es muy notorio en lo relativo a enfoques comparativos con los fieles católicos y mucho más aún en lo que respecta a la exploración de las posibilidades de cooperación entre las dos organizaciones para la necesaria transformación de la sociedad colombiana y en la búsqueda de la paz.

El estudio de Armet no pretende ser un análisis comprensivo de todas las dimensiones del fenómeno religioso bogotano en una dimensión comparativa sino que se presenta como un primer intento de llenar este vacío. Este esfuerzo inicial pretende dos objetivos: el primero es utilizar una encuesta aleatoria y estratificada para comparar y distinguir ciertos comportamientos religiosos específicos de católicos y protestantes de zona urbana, como la frecuencia de su asistencia al culto, su nivel socioeconómico, su grado de cercanía a sus líderes, etc., para procurar sacar algunas conclusiones relativas a la intensidad de los compromisos religiosos percibidos. Y el segundo objetivo es considerar las

características institucionales de católicos y protestantes que podrían representar ventajas para responder a la crisis nacional y hacer relevante la fe cristiana en un ethos generalizado de violencia. Finalmente, el autor termina sugiriendo que la combinación de las ventajas de los dos grupos podría generar una tensión dialéctica que compensara las debilidades institucionales de católicos y protestantes, para crear una fuerza constructiva en la sociedad colombiana.

El conjunto de estos cuatro artículos constituye una muestra de los intereses y problemas que guían tanto la investigación del CINEP como la reflexión sobre su accionar en la sociedad colombiana, que privilegia el estudio y reflexión sobre algunas regiones conflictivas, como el Urabá chocoano y el Magdalena medio, lo mismo que algunos ejes de interés, como el de la Violencia y Paz. En ese sentido, la revista *Controversia* recoge y refleja el movimiento y las tendencias de la investigación del CINEP, con la intención de ir socializando los resultados parciales de sus investigaciones y reflexiones tanto para el fortalecimiento de la comunidad académica en estos campos como para intentar iluminar la búsqueda de salidas colectivas a los ingentes problemas que aquejan al país. Especialmente en los momentos actuales cuando el conflicto parece agudizarse, sin que aparezcan en el horizonte salidas producidas de manera consensuada por las diversas mentalidades y concepciones que existen sobre los problemas que afrontamos. En ese sentido, nuestra labor quiere seguir siendo la de propiciar el diálogo entre diferentes, a partir de la intelección de la lógica del otro, para poder construir una solución colectiva a los problemas, que responda a un proyecto de nación donde quepamos todos.

Fernán E. González G.

